

Me sumerjo en las ideas del pensador indígena, en un posible diálogo con Heidegger y Butler. El eurocentrismo, dice, genera una humanidad zombi, sin memoria ni identidad. La pérdida del nosotros plural y creativo es el fin del mundo. Y el antepasado, antídoto.

OTRAS PALABRAS

DESCOLONIZACIONES, por Piero Detoni

Publicado el 26/04/2024 a las 17:10 - Actualizado el 26/04/2024 a las 18:23

I. **Eduardo Viveiros de Castro**, en el epílogo a Ideas para posponer el fin del mundo del intelectual y activista indígena Ailton Krenak, contextualiza a los lectores del libro en cuestión, al igual que Davi Kopenawa y Daniel Munduruku, en una reflexión en búsqueda de la historia del descubrimiento de Brasil por los indios . En otras palabras, en el camino de Krenak se cruza una contrahistoria y también una contraantropología. Su objetivo es la desnaturalización de la historia única de la humanidad, la de la cultura dominante del Estado-nación moderno que se volvió cautelosamente contra las poblaciones indígenas. Krenak propone, según Viveiros de Castro, preguntas inquietantes: ¿somos humanidad? ¿Una humanidad única y no diversa? ¿Una humanidad y no una red "inextricable" e "interdependiente" de humanos y no humanos? ¿Quién sería ese "nosotros" en el interrogatorio de Krenak? "Nosotros" en relación con quién? ¿Al que? ¿Una pregunta sobre la identidad? ¿Sobre quiénes somos? Nos enfrentamos, por tanto, a cuestiones existenciales, en las que este "nosotros" deja de actuar como unívoco y unidimensional, virando hacia un nosotros pluralista, móvil, creativo y variable –diferencial–. Para los Krenak esto incluiría la tierra, las rocas, las montañas, los ríos y los seres en general. Estas son algunas de las preguntas, o ideas propositivas, para lanzar el aplazamiento del fin del mundo .

Quizás hayamos perdido una percepción un tanto elemental en cuanto a la existencia humana: hemos olvidado que convivimos en el mundo, que lo compartimos con otras personas y que es nuestro gran hogar. Esta cuestión, sin embargo, no pasó desapercibida en la historia de la filosofía occidental, pues ya fue abordada por Martin Heidegger. También se encargó de reflexionar sobre las (im)posibles formas de ser y estar en la tierra, por tanto, de convivir con ella. El habitar está, de una manera u otra, implícito en todas las dimensiones de la existencia humana, hasta el punto de que este gesto se confunde con el vivir mismo. La forma en que vivimos resulta de una extensión, o una conservación, de nuestro repertorio de creencias, valores e intenciones que, cuando se expresan como elecciones, se materializan en la vida. Habitar, en este sentido, implica la existencia misma, la forma misma en que decidimos ser. ¿Cómo podemos finalmente cohabitar el mundo? La pregunta planteada por el filósofo alemán, conocido a través de su influyente conferencia *Construir, habitar, pensar*, de 1951, nos servirá, entonces, como una especie de horizonte dialógico para reflejar los alcances del pensamiento del indígena, ambientalista, filósofo y brasileño. escritor Ailton Alves de Oliveira Krenak.

II. Las relaciones entre edificio y vivienda se superponen en la explicación de Heidegger. Son dialógicos y de retroalimentación. Esto se debe a que el objetivo de la construcción es habitar, sin embargo, es en la acción misma de habitar donde la construcción encuentra su significado. Por tanto, realizar una actividad implica vivir. La reflexión de Heidegger comienza con la pregunta misma: "¿Qué es el habitar"? No se trata de una simple relación con el habitar, con el plan utilitario de los edificios. Entendiendo el lenguaje no sólo como vehículo, sino como fuerza creativa en el mundo, recurre al uso del término en alto alemán antiguo para situar el significado de construir: *baun*. El descubrimiento del filósofo es que, en sus orígenes, construir

significaba, precisamente, habitar. La palabra *baun* no se refería, por tanto, sólo a la acción de habitar, sino que englobaba permanecer, habitar, lo que indicaría un guiño a “(...) cómo debemos pensar la morada que allí se nombra” (HEIDEGGER, 2012, p. 126). En cualquier caso, la definición de vivir no termina ahí. Esto se debe a que *baun*, construir, deriva del verbo *bauen*, que también tiene una relación directa con él, aunque, en la actualidad, ya no implica este significado. Sin embargo, Heidegger recupera su pilar original: “¿hasta qué amplitud alcanza el vigor esencial del habitar” (HEIDEGGER, 2012, p. 127)? Es interesante el movimiento que siguió, dado que esta percepción le lleva a comprender que *bauen* sería la misma expresión alemana de *bin*, que no sería otra cosa que el verbo conjugado en *eu sou* y *tu é*. Si el ser es habitar, entonces yo habito y tú habitas. De esta manera se abre una puerta a la convivencia. Esta disposición resultaría, en esa dirección, en los modos de existencia que se dan a través del habitar, lo que implicaría, en el límite, decir que “(...) el hombre es la medida en que habita (HEIDEGGER, 2012, p. 127) .

Byung-Chul Han dijo que Heidegger habría sido el último defensor del orden terrenal (2018). Sin embargo, no fue el último. El filósofo alemán encuentra hoy contemporáneos, uno de ellos, además del propio Han, es el indígena Ailton Krenak. Heidegger, que vio en el lenguaje formas de establecer mundos, se dedicó al estudio del lenguaje. Por tanto, es necesario explicar el significado de Krenak. Krenak serían dos términos, advierte Ailton: *kre*, partícula que significa cabeza, y el complemento *nak*, que sería precisamente tierra. Veamos los alcances de la filosofía de la tierra del escritor indígena, que llega al diálogo propuesto por Heidegger: “Krenak es la herencia que recibimos de nuestros antepasados, de nuestras memorias de origen, que nos identifica como 'cabeza de la tierra', como una humanidad que no puede concebirse a sí misma sin esta conexión, sin esta profunda comunión con la tierra” (KRENAK, 2012, p. 48). Ailton Krenak deja claro en sus escritos que la tierra, tal como la concebía su pueblo, no

sería un mero lugar, como se llama hoy, avanzando hacia lo que también preocupaba al filósofo alemán: la tierra como ese lugar que todos habitamos. compartir. Heidegger y Krenak, como contemporáneos, se preocupan por las formas de "desarraigo" en el mundo terrenal, del planeta mismo como hogar.

Podemos ampliar un poco más la reflexión de Heidegger, poniéndola en diálogo con la filosofía de Krenak, si reconocemos que hay dos significados subyacentes y complementarios en *bauen* (construir): proteger/cultivar y construir. El filósofo del bosque se esfuerza por recuperar estos significados originales de habitar, lo que le lleva a comprender que *bauen* es permanecer, así como permanecer. Además, y recuperando el gótico *wuniano*, se podría precisar más el alcance de esta experiencia, es decir, estar y permanecer en paz. Paz, aún explorando las potencialidades del lenguaje que configura el mundo, sería lo mismo que "libre", que según su origen denotaría protegido, que, en el límite, sería el retorno "(...) a su manera, algo al abrigo de su esencia" (HEIDEGGER, 2012, p. 129). Proteger está relacionado con liberarse: "(...) liberarse en la paz de un refugio" (HEIDEGGER, 2012, p. 129). Las discusiones propuestas por la filosofía de Martin Heidegger nos llevan, potenciadas por las reflexiones del pensador indígena Ailton Krenak, a que el rasgo fundamental de la convivencia sería, no otro, el estado de permanecer pacificado rodeado de la libertad de pertenencia, protegiendo las cosas en su autenticidad. posible.

III. La evidencia de que viviríamos en el Antropoceno, para Ailton Krenak, sería motivo suficiente para actuar, para un reencuentro con el mundo, para un despertar a la convivencia pacífica de la tierra, para su preservación y la de sus seres vivos. En su opinión, el Antropoceno, considerado una era geológica caracterizada por los impactos de la exploración humana en el planeta, debería hacernos sonar la alarma . El gran hogar es la preocupación de los dos filósofos, porque como explica Ailton Krenak: el planeta Tierra, de donde se agotan las fuentes

de vida, es lo que da a sus habitantes la sensación de estar en casa, de que había “una casa común que podía ser atendido por todos” (KRENAK, 2020, p. 47). Sin embargo, el escritor indígena piensa que esta disposición hacia el mundo, que ya había estado plagada de la noción eurocéntrica de humanidad, habría entrado en un estado alarmantemente expansivo debido a la exclusión de cualquier organización de la vida que estuviera fuera de los dominios del capitalismo consumista. Aquí entra en juego su filosofía de la tierra, o del arraigo, basada en el perspectivismo y contraria a la unidimensionalidad del mundo. El pueblo krenak, explica Ailton, se vio alentado precisamente por convivir en el mundo de forma diversa y pluralista, siendo también partes constitutivas del propio planeta, no percibidos, por tanto, como un objeto a explorar, “(...) en el que había corresponsabilidad con los lugares donde vivimos y respeto por el derecho a la vida de los seres, y no solo esta abstracción que nos permitimos construir como humanidad, que excluye a todos los demás y a todos los demás seres” (KRENAK, 2020, p. 27).

Los Krenak pertenecen por tanto al orden de la tierra, siendo, por tanto, en movimiento interaccional, un ser sometido de forma atenta y abierta, escuchando el nomos de la tierra. Nomos es un concepto que deriva de la mitología griega, y puede resultar interesante junto a las reflexiones de Ailton Krenak. Hablar de nomos de la tierra representaría el demonio de las leyes, estatutos y normas. Krenak y Heidegger pasan así a su orden más elemental, es decir, la existencia en la tierra. El filósofo alemán, en su texto *Construir, Habitar, Pensar*, avanza también hacia la factualidad y el pluralismo terrenal-imanente, percibiendo la vida como una cuadratura entre la tierra y el cielo, lo mortal y lo divino. Ambos autores saben que los seres humanos son mortales, no agentes. La responsabilidad en materia de vivienda reside en esto: en muchos sentidos no podría haber nuevos nacimientos. También escuchan a sus Dioses, quienes más que entes separados del mundo, están incrustados en él y enuncian significados

que pueden ser escuchados. En ese lugar, tanto en la Selva Negra como a lo largo del Río Doce/MG, tiene su lugar en un rincón encantado y con significados, condición para que ese ser sepa habitar, lo que implicaría saber estar con los demás en el mundo.

La tierra, según Ailton Krenak, debe ser entendida como un organismo vivo, siendo, no sólo para sus habitantes, considerada madre y proveedora, sino en un nivel que va más allá de la sustancia o proveedora de recursos, sino "(...) también en la dimensión trascendente que da sentido a nuestra existencia" (KRENAK, 2020, p. 43). En otras palabras, el mundo terrenal, para los Krenak, ofrece la oportunidad de vivir de una manera que implica algo más que un conocimiento activo sobre el mundo, sino recibir aprendizajes de él, lo que los convierte en intérpretes de la naturaleza, ya que ofrece significados y formas de vivir. El filósofo indígena, sin embargo, percibe el progresivo olvido de la tierra y del vivir, donde habría una completa separación de los lugares de origen. Evidentemente, esta no es una explicación que pueda llevar a comprender la actualización de una disputa entre modos de vida sedentarios y nómadas. Lo que Ailton Krenak busca reflexionar es la pérdida del sentido de desplazamiento en el mundo tecnológico actual, un tema importante para él porque separa a las personas del mundo: "Si es cierto que el desarrollo de tecnologías efectivas nos permite viajar de un de un lugar a otro, qué comodidades nos facilitan movernos por el planeta, también es cierto que estas facilidades van acompañadas de una pérdida de sentido en nuestros movimientos" (KRENAK, 2020, p. 43). Aquí entramos en el corazón de los comentarios de Ailton Krenak sobre la alienación del mundo, sobre el desarraigo no comprometido en relación con la existencia terrenal, sobre el olvido de la facticidad del ser en el mundo, que opera en la habitación y la duración. El sentimiento que percibe el filósofo indígena es que las personas, hoy, viviríamos, paralelamente, en "un cosmos vacío de significado" y "sin conciencia de uno que pueda

ser compartido, pero sentimos el peso de esta elección en nuestras vidas". (KRENAK, 2020, p. 44).

Krenak cree, en cualquier caso, que estaríamos viviendo en una especie de situación de ceguera colectiva, es decir, incapaces de situarnos junto a la facticidad terrenal, que invoca significados pluralistas de existencia y, de manera relacionada, imparte gravitación existencial. Esta ceguera avanzaría en la esfera individual y social, ya que la unidimensionalidad de la noción de humanidad eurocéntrica pondría en riesgo no sólo el habitar, sino, sobre todo, la convivencia – condición para "la cooperación de los pueblos, no para salvar a otros, sino para salvarnos a nosotros mismos" (KRENAK, 2020, p. 44). Por lo tanto, la necesidad de un despertar ante la pérdida de sentido, la pérdida del sentido de convivencia en el mundo, esto no es sólo un problema de los pueblos originarios. La pérdida de la posibilidad de dar significados alternativos y plurales al mundo, y con ello invocar nuevas posibilidades de imaginación social y política, que a través de encuentros basados en la convivencia y la cooperación establecen eventos que generan novedad y diferencia, debe virar hacia el reencuentro con lo terrenal. orden. Este gesto se produciría, en cualquier caso, debido al carácter totalizador de la modernidad eurocéntrica y la dinámica del capitalismo, elementos que combinados están llevando a "(...) la inminencia de que la tierra no soporte nuestra demanda" (KRENAK, 2020, p. 45). Ailton Krenak es consciente, en cualquier caso, de la unidimensionalidad artificial creada por el capitalismo, especialmente a partir de la noción de mercancía, que a través de su fantasmagoría fetichista impide la visión de la tierra, o del entorno planetario, más allá de la cosificación.

IV. La vida humana y terrenal, ahora no sólo entre los pueblos originarios, enfrentaría una tragedia que nos afectaría a todos. El pensador indígena percibe sólo movimientos paliativos, en gran medida debidos a decisiones políticas regionalizadas y localizadas, que

abrirían, en su perspectiva, algunos “espacios de seguridad temporal” para las comunidades en general. Mas ainda avançando sobre a reificação do mundo pelo capitalismo hegemônico, que seria algo bastante diverso da observância da sua tangencialidade, o que presenciamos, desenvolve Ailton Krenak, é o “esvaziamento sentido do compartilhamento dos espaços”, quer dizer, os próprios sentidos de coabitar el mundo. Lo que vemos hoy son medidas paliativas o acciones guiadas por la cínica razón neoliberal, que “(...) depende cada vez más del agotamiento de bosques, ríos, montañas, colocándonos en un dilema en el que parece que la única posibilidad para que las comunidades humanas continúen existir es a costa de agotar todas las demás partes de la vida” (KRENAK, 2020, p. 46). Lo que hay que tener presente es que el volverse hacia la tierra genera, correlativamente, gravitación y pluralismo en los modos de existencia, dado que en el orden planetario existen lo accidental, lo desviado, lo meandro y las multiplicidades –de ahí la posibilidad de ofrecer significados. al mundo, como ahora tenemos comprensión de manera vectorizada frente a la existencia misma, sin el movimiento sujeto/objeto, haciendo del habitar una forma de afirmación de la vida a través de la posibilidad de salir del tiempo único, como sí nos parece el capitalismo presentista. la forma predeterminada o absoluta de existir.

Además, la suspensión de formas cosificadas de habitar el mundo, sustentadas en la lógica del consumo de vida planetaria, proporcionaría condiciones de posibilidad para la producción de espacios y la convivencia. Ahora, el espacio único, la unidimensionalidad propuesta por el capitalismo, no ofrecía otra cosa, más aún en su nivel neoliberal, que la competencia por espacios sustentados en la lógica de la convivencia y el compartir, pero de la exploración y la individualización no (inter)colaboracionista. . Ahora bien, la subjetividad neoliberal no acepta el disenso ni la congregación: no comparte ni comparte. Se centra en la unidimensionalidad, en la medida en que, en su manera de concebir el mundo, sólo hay espacio para su Yo, abriendo en

definitiva todo un proceso de expulsión del otro. Este proceso es asimilado por Krenak a través de proyectos de agotamiento de la naturaleza.

V. Esta discusión puede conducir, como forma de potenciar la reflexión de Ailton Krenak, a partir de las discusiones sostenidas entre Judith Butler (2015, p. 75-77) y Hannah Arendt. Según el filósofo estadounidense, cuando Arendt reflexionaba sobre la polis griega y el foro romano pensaba más allá del ámbito normativo y físico de las ciudades-estado, sino hacia las relaciones que se establecen entre las personas, que se abrirían, en ese espacio de aparición, comunicación y acción entre ellos. La lectura de Butler, entonces, avanza hacia la comprensión de los espacios compartidos entre las personas. Estos espacios mediados por el intermedio dejan espacio para la heterotopía o la diversidad. Así, los horizontes públicos dependen, en su significado, de dinámicas que van más allá de la disposición infraestructural y objetiva, apuntando a la sustancia de las organizaciones políticas, que se desea que sean reguladas por la pluralidad. Los espacios públicos, y aquí tenemos en cuenta el más primordial de todos, el propio territorio, para volver al diálogo con Krenak, se establecen si superamos la superficie institucional, recurriendo a los límites establecidos entre los cuerpos. Hay un movimiento hacia espacios disciplinarios, en los que no se incluyen todos los cuerpos que habitan o quieren habitar un espacio. Ésta es la pregunta que plantea Butler: ¿cómo establecer la pluralidad frente a las fronteras? ¿Quiénes serían parte de este horizonte común pluralizado? Incluso parece que Krenak está en un diálogo virtual con la filósofa estadounidense, dada su intención de transformar estas notas en acción política. Ambos, cada uno con sus horizontes de inquietudes más particulares, buscan la convivencia y la producción de espacios interrelacionales, dialógicos y convivenciales.

En este sentido, Ailton Krenak es bastante contundente, insinuando toda una ontología del perspectivismo amerindio: "Definitivamente no somos iguales, y es maravilloso saber que cada uno de nosotros aquí es diferente del otro, como las constelaciones" (KRENAK, 2020, pág. Ahora es Krenak quien realiza las reflexiones de Judith Butler, porque para él el hecho de que cohabitemos un espacio posible no implica que seamos iguales, sino, y aquí está la fuerza de su pensamiento: "(...) significa exactamente que somos capaces de atraernos mutuamente a partir de nuestras diferencias, que deben guiar nuestro guión de vida" (KRENAK, 2020, p. 33). En su perspectiva, hay una mirada a una convivencia que percibe a la humanidad, y las formas de existir, de manera pluralista -no a través del protocolo de la humanidad como singular-colectivo, lo que, como señala, nos quitaría la alegría de vivir- . estar vivo (KRENAK, 2020, p. 33).

VI. Ailton Krenak explica la dimensión espacial en la que el pueblo Krenak habita Brasil. Del noreste al este de Minas Gerais, donde se ubica el Río Doce, así como en la frontera de Brasil con Perú y Bolivia, en el Alto do Rio Negro. El pensador amerindio resalta los significados efectivos de la lucha de los Krenak frente a tensos contextos políticos nacionales que involucran los derechos de los pueblos originarios a habitar y existir en sus tierras. Luego, Krenak analiza las formas en que los pueblos originales habitan, piensan y existen en sus tierras y cómo esto fue, históricamente, pervertido a través de la historia colonial-expansionista-administrativa. Después de siglos de colonialismo y de superar las expectativas de que las poblaciones indígenas no sobrevivirían a los movimientos para ocupar sus territorios, con predicciones de que las formas originales de organización existencial ya no se mantendrían, vemos a los Krenak seguir en lucha: "Esto se debe a que el Estado La máquina actúa para deshacer las formas de organización de nuestras sociedades, buscando la integración entre estas poblaciones y la sociedad brasileña en su conjunto" (KRENAK, 2020, p. 39). Se resaltan así los significados

krenakianos de vivir, siendo la tierra considerada por ellos no sólo como un reducto donde la naturaleza prospera y ofrece alimento y vivienda: es allí donde se mantienen en el tiempo las formas de vivir que tiene cada una de estas sociedades.

La interacción con el planeta, con el mundo terrenal, está muy lejos de una separación entre sujeto y objeto, sino que gira hacia una inmanencia radical, donde se hace posible percibirlo en modo de agencia y, luego, asimilar sus sentidos, lejos de Razón instrumental occidental. Por ejemplo, el río Doce, para los Krenak, que sufrió ecocidio por el colapso de la presa Fundão en Mariana/MG, que liberó 55 millones de metros cúbicos de lodo que almacenaba, es considerado por estos como Watu , es decir, Se le considera su abuelo. A continuación, se explica la tensión entre fronteras y convivencia, en la que se aborda la perspectiva krenakiana del habitar-existencia: "No es algo de lo que cualquiera pueda apropiarse; es parte de nuestra construcción como colectivo que habita en un lugar específico, donde fuimos confinados paulatinamente por el gobierno para que pudiéramos vivir y reproducir nuestras formas de organización (con toda esta presión externa" (KRENAK, 2020, p. 40). De todos modos, lo que estaría en curso en la historia brasileña no sería otra cosa que la no convivencia, o en diálogo abierto con Krenak, la incapacidad de acoger a sus habitantes originarios .

El proyecto colonialista está en marcha, desplegándose a través de las mallas del capitalismo neoliberal al hacer invisibles a los pueblos indígenas e impedirles existir no cosificando el mundo natural y planetario, sino habitándolo y existiendo con él –sin depender de su apoyo-. Lógica dimensional y totalizadora, derivada de una lógica individualizada del mundo y no abierta a la convivencia, ya que está movida por una subjetividad competitiva y libertaria. Ésta es la tónica de la mayor parte de la historia brasileña, según él, a través de sus repetidas actualizaciones: "sin recurrir a prácticas inhumanas para

promover cambios en los modos de vida que estas poblaciones lograron mantener durante mucho tiempo, incluso bajo el feroz ataque de las fuerzas coloniales”,. que hasta el día de hoy sobreviven en la mentalidad colectiva de muchos brasileños” (KRENAK, 2020, 41). El ecocidio que enfrentó el abuelo de los Krenak, el río Watu, que fue cubierto por el lodo tóxico de la presa de Fundão, se presenta como una imagen síntesis del perspectivismo amerindio, que invoca una ontología del arraigo relacional con el mundo: “Hace un año y este crimen – que no puede llamarse accidente – afectó nuestras vidas de manera radical, colocándonos en la condición real de un mundo que se ha acabado” (KRENAK, 2020, p. 42).

Ailton Krenak recupera, en un gesto decolonial, los horizontes modernos del significado de la humanidad, percibida como una historia única o un colectivo singular. La colonización llevada a cabo por los europeos blancos se basó, en su concepción, “en la premisa de que había una humanidad iluminada que necesitaba encontrarse con la humanidad oscurecida, llevándola a esta increíble luz” (KRENAK, 2020, p. 11). Es, en definitiva, el proceso civilizador, que implicó dos movimientos simultáneos: la implementación de una lógica de cómo habitar la tierra y, correlativamente, el establecimiento de modos de verdad, informados por una dimensión de sujeto que escudriña lo objetivo, algo que habría guiado las decisiones tomadas en diferentes momentos históricos. La pregunta para Krenak es la siguiente: ¿habría una humanidad en singular? Krenak plantea una pregunta proposicional: “¿Por qué insistimos tanto y durante tanto tiempo en participar en este club, que la mayoría de las veces solo limita nuestra capacidad de invención, creación, existencia y libertad” (KRENAK, 2020, p. 13)?

La humanidad eurocéntrica sería, para él, una especie de licuadora. Se arriesga a decir que el 70% de la gente hoy estaría alejada de sus formas de ser debido a los procesos de modernización, que sacaron a

la gente del campo y los bosques y los enviaron a los barrios marginales y las afueras, convirtiéndose en mano de obra en las ciudades. Serían pueblos desarraigados, privados de sus formas de ser y de habitar el mundo. Un proceso, en otras palabras, de olvido comandado: "Si las personas no tienen vínculos profundos con su memoria ancestral, con las referencias que sustentan una identidad, se volverán locos en este mundo loco que compartimos" (KRENAK, 2020, p. 14). Lo que Krenak señala es el olvido del planeta, derivado de la humanidad colectiva singular y actualizado por el "mito de la sostenibilidad", que llevó a la alienación del organismo del que formamos parte, es decir, la tierra: "empezamos pensar que es una cosa y nosotros otra: la tierra y la humanidad" (KRENAK, 2020, p. 16). De ahí su ontología del arraigo, o perspectivismo amerindio, que percibe todo como naturaleza. Es inflexible: "Lo único en lo que puedo pensar es en la naturaleza" (KRENAK, 2020, p. 17).

Los pueblos originarios, sostiene Krenak, están entrelazados con el mundo: son una parte integral y constitutiva de él. La tierra y los seres también viven. Las montañas son parejas, tienen familias, intercambian afectos, hacen intercambios. Estas montañas, como en las regiones andinas, son veneradas por la gente, ya que son sensibles a su alteridad. Otra pregunta de Ailton Krenak: ¿por qué estas narrativas ya no son emocionantes, se olvidan y se borran? ¿Por qué se prohíben en favor de una narrativa global, universalizadora, unidimensional, superficial y única? Es el abuso de la razón, retomando su expresión. El concepto moderno de historia, la historia única, el eurocentrismo racionalista alejaría a la gente de todo, incluso de medicalizarlos. Se critica el concepto de progreso, modulación temporal de esta forma de historia mencionada, que en nombre del llamado bienestar de la humanidad imprime todo un movimiento de desarraigo y desplazamiento de personas del organismo terrestre. Este movimiento se expande, incluso hoy, hasta los "confines del planeta": orillas de ríos, bordes de océanos; en África, Asia, América Latina. Son

caígaras, indígenas, quilombolas, aborígenes, en definitiva, "subhumanidad". La humanidad moderna expulsa al otro, considerado infrahumano. Precisamente aquellos que no han olvidado la tierra, que están arraigados, que viven con sus manifestaciones, que le prestan dignidad para su alteridad.

Una organicidad que molesta a la llamada humanidad, que separa a sus hijos de su madre. Eso expulsa a quienes quieren "comer tierra, chupar tierra, dormir tumbados en la tierra, envueltos en la tierra" (KRENAK, 2020, p. 22). Es la crítica radical al olvido del mundo. a su desapego de la inmanencia en favor de una abstracción defactizada. Un movimiento que prohíbe la diversidad, niega la pluralidad de formas de convivencia y de existencia –de formas de ser. En el horizonte de la humanidad eurocéntrica, de la historia única, que debe ser crítica invocando la diferencia, se ha vuelto mayoritario un modo de existir que, sostenido por la separación de la tierra de la lógica del sujeto y del objeto, que se mueve a través del consumo y prohíbe la ciudadanía. De este movimiento se deriva, desde la perspectiva krenakiana, toda una lógica de expulsión del otro y de veto a la alteridad, una disposición que lleva, en el límite, a estar en un mundo alienante, desprovisto de crítica y de conciencia de uno mismo, de los demás y de los demás. El conjunto. "Esta idea prescinde de la experiencia de vivir en una tierra llena de significado, en una plataforma para diferentes visiones del mundo" (KRENAK, 2020, p. 25).

SIERRA. Dialogando con Davi Kopenawa y abriéndose a la posibilidad de posponer el fin del mundo, Krenak va a contracorriente en busca de significados ancestrales, los significados de las cosmovisiones amerindias, que serían una forma de convivir en el mundo. Todo tiene sentido en la inmanencia radical de Krenak, que lo abre a imaginaciones pluralistas del mundo. "La gente puede vivir con el espíritu del bosque, vivir con el bosque, estar en el bosque" (KRENAK, 2020, p. 25). En definitiva, queremos recordarle al mundo una

situación que produce ausencias. Este retorno a la inmanencia terrenal ofreció formas de vivir en sociedad, en un sentido de experiencia y tangibilidad con la vida. En la historia única, en el colectivo moderno singular, en la humanidad singularizada, en la identidad misma esencializada, hay intolerancia hacia “aquellos que todavía son capaces de experimentar el placer de estar vivo, de bailar, de cantar” (KRENAK, 2020, pág. 26). La “humanidad zombi” expulsa mundos de significados pluralistas, en los que se invoca el “disfrute de la vida”. Llegamos al punto clave de la reflexión: “Así, el fin del mundo se predica como una posibilidad de hacernos renunciar a nuestros propios sueños” (KRENAK, 2020, p. 27). La respuesta de Krenak a este estado de cosas es el regreso a modos de narrar la experiencia, de poder “contar más de la historia”. Si podemos hacer esto, estaremos posponiendo el fin del mundo. La narración, las formas de dar sentido al mundo para Ailton Krenak, basadas en las cosmovisiones amerindias del significado, demuestran la importancia de la facticidad concebida como experiencia expresada narrativamente.

Narraciones enredadas en la experiencia como forma de existir. Preposicionalmente, Krenak pregunta: ¿cómo afrontaron los pueblos originarios la colonización, el fin de sus mundos? ¿Cómo superaron esta pesadilla sin dejar de desafiar la hegemonía de una humanidad singularizada y excluyente? Recurrió a antiguas narrativas experienciales, activando una memoria de resistencia a través de la creatividad, la poesía y la voluntad de confrontar. Se leyeron cosmovisiones llenas de significado y experiencia, creando un imaginario plural. “Muchas de estas personas no son individuos, sino 'personas colectivas', células que logran transmitir sus visiones del mundo a lo largo del tiempo” (KRENAK, 2020, p. 28). Krenak leyó, recordó, aprendió, instituyó significados, comprendió lo virtual de los ancestros para resistir en el presente –un alimento de “resistencia

continua de estos pueblos, que guardan la memoria profunda de la tierra, lo que Eduardo Galeano llamó la Memoria de fuego " (KRENAK, 2020, p. 29). La narración le parece importante ante un sentimiento de caída. Invoca la ancestral capacidad crítica, creativa y pluralista para que esa caída se impida con "paracaídas de colores". Contar historias, narrar historias, aprender de las historias. "Hay cientos de narrativas de personas que están vivas, cuentan historias, cantan, viajan, hablan y nos enseñan más de lo que aprendimos en esta humanidad" (KRENAK, 2020, p. 30).

Bibliografía

MAYORDOMO, Judith. Notas hacia una teoría performativa del ensamblaje . Londres: Harvard University Press, 2015.

CASTRO, Eduardo Viveiros de. Epílogo – Preguntas inquietantes. En: KRENAK, Ailton. Ideas para posponer el fin del mundo. São Paulo: Companhia das Letras, 2020.

HAN, Byung-Chul. En el enjambre: perspectivas sobre lo digital. Petrópolis: Voces, 2018.

HEIDEGGER, Martín. Construir, habitar, pensar. En: HEIDEGGER, Martín. Ensayos y conferencias. Petrópolis: Voces; Bragança Paulista: Editora Universitária São Francisco, 2012.

KRENAK, Ailton. Ideas para posponer el fin del mundo. São Paulo: Companhia das Letras, 2020.

ETIQUETAS

AILTON KRENAK, PORTADA, DANIEL MUNDURUKU, EDUARDO VIVEIROS DE CASTRO, AGOTAMIENTO DE LA NATURALEZA, FÁBULA, FUTURO ANCESTRAL, IDEAS PARA POSPONER EL FIN DEL MUNDO, JUDITH BUTLER, MARTIN HEIDEGGER

Piero Detoni. Doctorado en Historia Social por la USP